

Entrevista

por José Manuel Ubé González



Ramón Abad Hiraldo

Director de la Biblioteca Universitaria de Zaragoza

“En las bibliotecas hay sitio para muchas cosas, pero nunca para el aburrimiento”



Nacido en Zaragoza en 1956. Licenciado en Historia por la Universidad de Zaragoza; Master en Biblioteconomía y Ciencia de la Información por la Universidad de Long Island (Nueva York). Comenzó su carrera profesional como funcionario de la Escala de Auxiliares de Archivos, Bibliotecas y Museos de la Universidad de Zaragoza en 1981, prestando servicio en las bibliotecas del ICE y de la Facultad de Filosofía y Letras. En 1986, tras ingresar en el Cuerpo Facultativo de Bibliotecarios, ocupa la plaza de director de la biblioteca de la Facultad de Derecho de la Universidad de Zaragoza hasta 1992, en que es nombrado Jefe del Departamento de Bibliotecas del recién creado Instituto Cervantes, cuya sede central se encontraba entonces en Alcalá de Henares. En 1993 se traslada a Nueva York para ocuparse de la biblioteca del Instituto en dicha ciudad, hasta que en 2003 es trasladado, también como jefe de biblioteca, al Instituto Cervantes de Londres. En enero de 2005 es nombrado director de la Biblioteca Universitaria de Zaragoza, puesto que desempeña actualmente.

¿Qué te impulsó a entrar profesionalmente en el mundo bibliotecario?

No sé si podría definirse como algo vocacional, pero siempre me atrajo el mundo de las bibliotecas. Recuerdo cuando estudiaba en el Instituto Goya, los ratos para mí estupendos en que una profesora nos ponía a los alumnos a hacer fichas de los libros del Seminario de Historia, así como las visitas que hacía de vez en cuando a la excelente biblioteca del Instituto —en horas de recreo, pues eran las únicas de apertura— para poder hojear los libros de arte. Y quién sabe si también influirían las cosas que veía que pasaban en las bibliotecas cuando era niño, como por ejemplo el loco que iba todas las tardes a la sucursal de la biblioteca pública de la calle Santa Teresa de Zaragoza, que se metía un puñado de papeles arrugados en la boca y se pasaba horas delante de un libro abierto y puesto boca abajo. Por cierto, que el libro era *Los sueños*, de Quevedo. Debí de pensar que en las bibliotecas hay sitio para muchas cosas, pero nunca para el aburrimiento.

Acabas de llegar a España tras una larga etapa fuera de nuestro país en las bibliotecas de los Institutos Cervantes de Nueva York y Londres. ¿Qué diferencias has encontrado a tu regreso desde el punto de vista bibliotecario?

Con el mundo estadounidense muchas más que con el británico. En mi opinión, los bibliotecarios españoles, considerados individualmente, estamos al nivel internacional en cuanto a formación, conocimientos, etc. Además, siempre se ha comentado que la profesión dice más de una persona que su pasaporte, es decir, que los bibliotecarios tenemos mucho en común, con independencia de nuestra nacionalidad o circunstancias específicas. La gran diferencia que observo con los Estados Unidos es que allí la profesión está más consolidada, organizada y, también, más diversificada. Es algo que se nota ya desde los estudios de biblioteconomía, pasando por la selección del personal, así como en la orientación y desarrollo de la carrera profesional. En España el

profesional es sobre todo generalista y la profesión sigue todavía girando en gran medida alrededor de la catalogación como signo de identidad del bibliotecario. Otra gran diferencia es la participación en asociaciones y actividades profesionales. A diferencia de España, donde solo una minoría de personas, digamos “atípicas”, se encargan una y otra vez de mantener con vida la asociación, en los Estados Unidos la competencia es dura para conseguir ser elegido, para cualquier cargo en una asociación profesional, y lo digo por experiencia.

Ya tuviste una etapa previa en la Biblioteca Universitaria de Zaragoza. Regresas ahora como director de la misma. ¿Cómo ves la biblioteca que dejaste y la que has encontrado ahora?

Ha habido cambios tremendos y eso se nota más después de estar alejado

durante varios años. Piensa que cuando me fui la biblioteca estaba sin automatizar; hacíamos todavía juegos de fichas para el catálogo manual; no había Internet; no existían las nuevas bibliotecas de Económicas, la biblioteca Hypatia, la María Moliner, o las nuevas instalaciones de Huesca y Teruel, y había bastante menos personal. Tampoco se podía pensar en aquel tiempo que ahora la Biblioteca Universitaria estaría inmersa en un proceso de evaluación como el que estamos. Por supuesto que la tarea por hacer es ingente y que la Universidad es una institución compleja por su configuración, historia y tamaño, y que ahora nos enfrentamos a otros retos que antes no podíamos ni imaginar. No obstante, el balance general es que ahora estamos mejor dotados que antes para llevar adelante nuestro trabajo. Creo que he tenido mucha suerte al llegar precisamente en el momento culminante del proceso de



autoevaluación de la biblioteca. Ha sido mucho el trabajo y el esfuerzo invertidos en dicho proyecto, mucha la información ahora disponible y, lo importante cara al futuro, muchas las expectativas creadas. Es un momento idóneo para lanzar proyectos de renovación y unir esfuerzos mirando al futuro.

También has participado activamente en el grupo de trabajo de la Sección de Bibliotecas Universitarias y otras Bibliotecas Generales de Investigación de IFLA, que se creó durante el Congreso de Estocolmo celebrado en 1990 para la medición de la calidad de las bibliotecas universitarias.

Mi participación activa en IFLA empezó en 1989, cuando fui elegido miembro del Comité Permanente de la Sección de Bibliotecas Universitarias y otras

Ha sido, pues, muy enriquecedor desde todos los puntos de vista. Incluso me ha permitido ser testigo de situaciones increíbles, como el golpe de estado contra Gorbachov, que estalló mientras se celebraba el congreso en Moscú, en 1991.

En cuanto al tema de la calidad, efectivamente, participé en el grupo de trabajo de IFLA que elaboró unas directrices sobre medición del rendimiento en bibliotecas universitarias. Se trataba de incidir en la evaluación como herramienta esencial de gestión de las bibliotecas y de ofrecer una selección de indicadores aplicables en cualquier biblioteca, con independencia de su tamaño o condiciones tecnológicas, para medir la eficacia de sus servicios desde el punto de vista del usuario. Evidentemente, es lo que se está haciendo ahora en la Universidad de Zaragoza, si bien el

“El nuevo Espacio Europeo de Educación Superior es un enorme reto que tiene dos peligros: que las dificultades en la implantación de los nuevos modelos lleven únicamente a cambios de nombre pero no de las estructuras, y que nos quedemos rezagados con respecto al resto”

Bibliotecas de Investigación, en el que trabajé durante cuatro años, hasta el Congreso de Barcelona en 1993. Más tarde, en 1997, me eligieron miembro del Comité Editorial de *IFLA Journal*, en el que llevo actuando como presidente desde hace cuatro años. Bueno, este año, en Oslo, ha acabado mi mandato, así que me toca ahora descansar un poco de IFLA. Creo que la IFLA ha desempeñado un papel fundamental en mi vida, tanto profesional como personal. Recuerdo cómo el congreso de la IFLA en Brighton, en 1987 —el primer congreso internacional al que asistía— me mostró una visión del mundo de las bibliotecas en una dimensión para mí desconocida y fascinante. Sinceramente, dudo que hubiera dado el paso de ir al Instituto Cervantes sin esta experiencia previa.

proceso de evaluación de la Biblioteca Universitaria tiene una dimensión mayor y es, por tanto, de mayor complejidad. No se trata solamente de llevar a cabo estudios específicos de uso, de disponibilidad, satisfacción, u otros; sino de hacer una fotografía de la biblioteca en su conjunto, de sus instalaciones, procesos, servicios, personal y de analizar el grado de integración de todas las partes que la componen, y de la biblioteca con relación a la Universidad. Es un proceso que, si todo va bien, no tiene fin.

La Biblioteca Universitaria de Zaragoza cuenta con un fondo antiguo valiosísimo. ¿Cuál es la política de conservación y difusión de esos fondos?

En efecto, la Biblioteca General de la Universidad de Zaragoza cuenta con una colección riquísima, la mejor de Aragón en cuanto a número de manuscritos, incunables y fondo antiguo en general, producto como se sabe de sus avatares históricos, principalmente el haber sido depositaria de fondos procedentes de la Desamortización, en el tiempo en que combinaba su condición de biblioteca de la universidad con la de biblioteca pública y provincial. No existe en este momento una política definida de preservación del fondo antiguo,

manuscritos e incunables y se está continuando este año con los impresos del XVI. Podríamos tener ya el núcleo de una hipotética biblioteca virtual de fondo antiguo aragonés. No obstante, queda una labor importantísima y fundamental de trabajo directo con los mismos originales, muchos de los cuales necesitan desesperadamente restauración y unas mejores condiciones de conservación, mediante cajas y mobiliario especiales, reencuadernaciones, etc. En este tema, es difícil que la Universidad por sí misma pueda hacer frente al gasto que



aunque sí se han llevado a cabo acciones importantes en los últimos años. Concretamente, se ha hecho un gran esfuerzo por restaurar algunos de los documentos emblemáticos de la biblioteca, por ejemplo el Antifonario Mozárabe del siglo X o las láminas de anatomía pintadas por Don Santiago Ramón y Cajal cuando era profesor de esta universidad. También se ha participado en proyectos de digitalización importantes, como el BIVIDA (Biblioteca Virtual de Derecho Aragonés), en el que una gran parte de los fondos digitalizados corresponden a la Biblioteca Universitaria de Zaragoza. Asimismo, en los últimos años se han digitalizado/microfilmado todos los

este tipo de proyectos y actividades conllevan, por lo que supongo que va a ser imprescindible encontrar financiación externa.

El nuevo Espacio Europeo de Educación Superior supone un cambio fundamental en el concepto y los servicios de la biblioteca universitaria. ¿Cómo piensas que va a afectar a las bibliotecas universitarias españolas?

Aunque puede suponer un cambio fundamental para las bibliotecas universitarias españolas, la teoría (la biblioteca como centro de recursos, espacios y servicios orientados al

aprendizaje, trabajo en equipo, etc.) no es diferente de lo que la mayoría de los bibliotecarios entienden como biblioteca de la universidad. Esta ocasión nos brinda la oportunidad de efectuar o acelerar cambios que en buena medida están ya en la mente de los profesionales. Otra cosa es adecuar las estructuras físicas (instalaciones y demás) y algunos hábitos de enseñanza y aprendizaje que todavía perduran en la universidad española. Es un enorme reto que tiene dos peligros: que las dificultades en la implantación de los nuevos modelos lleven únicamente a cambios de nombre pero no de las estructuras, y que nos quedemos rezagados con respecto al resto. Esto es muy peligroso porque la financiación va a estar cada vez más ligada a la competitividad de las universidades. En este contexto, la evaluación de la biblioteca es un paso esencial ya que nos va a indicar en todo momento cuánto nos acercamos o nos alejamos de la media de bibliotecas universitarias españolas y europeas, y qué estrategias plantear para lograr estar en el grupo de cabeza.



La Biblioteca Universitaria de Zaragoza es un ejemplo típico, entre otras muchas universidades españolas, de biblioteca dispersa entre las de las diferentes facultades y centros que la integran, contando además con centros en varias ciudades (Huesca, Teruel, La Almunia de Doña Godina...), además de Zaragoza. ¿Qué problemas implica esa dispersión y cómo se afronta desde la dirección esta complejidad en infraestructuras y localizaciones?

La situación de campus disperso es más habitual de lo que parece y, aunque evidentemente condiciona la organización y distribución de las colecciones y servicios, no debería considerarse en sí misma como un problema, y menos ahora que vivimos en la era de Internet. Lo que ha habido en Zaragoza, al igual que en muchas otras universidades históricas españolas, ha sido una autonomía casi total de las cátedras y departamentos para adquirir libros y revistas, con la consiguiente atomización de las colecciones, que ha condicionado mucho la evolución posterior de “las bibliotecas” de la universidad en detrimento de una concepción unitaria —no necesariamente identificada con un solo edificio— de la biblioteca universitaria.

En los últimos años se han dado pasos importantes en infraestructuras, por ejemplo las nuevas bibliotecas Hypatia de Alejandría en el Campus Río Ebro, que agrupa las dos escuelas de ingeniería, o la María Moliner de Humanidades, además de las nuevas instalaciones en los campus de Huesca y Teruel. A pesar de todo, salvo en el primer caso y Teruel —y aun así parcialmente—, no se ha dado el paso fundamental de superar la idea de biblioteca de centro como meta ideal. De todas maneras, hay que partir de la realidad, y en este momento la tarea más urgente es, además de profundizar en la centralización de algunas tareas y servicios, lograr mediante la coordinación y la colaboración de todos los trabajadores que el usuario perciba que la Biblioteca Universitaria es una, con independencia de que existan 23 puntos de servicio. Esto es posible con los recursos tecnológicos de que disponemos. Para el usuario,

*“Los bibliotecarios tenemos mucho en común,
con independencia de nuestra nacionalidad o
circunstancias específicas”*

la página web de la biblioteca debería ser como una especie de “ventanilla única”, a través de la cual se hacen reservas, se realizan peticiones de fotodocumentación, se recibe información o se descargan los materiales de apoyo para sus estudios específicos, sin que tenga que conocerse previamente el centro que le proporciona la información.

Por último, has colaborado activamente para ANABAD con artículos y traducciones. ¿Cómo ves el panorama de las publicaciones técnicas dedicadas a la biblioteconomía y documentación en nuestro país?

Existe hoy día un número respetable de publicaciones profesionales, tanto revistas como monografías. Hay, desde luego, una relación directa entre la progresiva implantación de estudios de biblioteconomía y documentación y esta proliferación de literatura profesional que se traduce tanto en la publicación de manuales y otros instrumentos de aprendizaje como de jornadas y congresos que también generan un fuerte volumen de trabajos profesionales. Así como en el campo de las monografías se ha consolidado a lo largo de los últimos veinte años una serie de editoriales dedicadas a temas bibliotecarios, con unas líneas editoriales claras, una cierta

especialización y bastante rigor a la hora de seleccionar los títulos, tanto originales como traducciones; en cambio las revistas mantienen en gran medida una tónica generalista, marcada por los contenidos misceláneos. Por supuesto que las revistas de carácter general son fundamentales. Lo que observo, no obstante, es la ausencia de publicaciones más especializadas, como podría ser, por ejemplo, una revista dedicada a las bibliotecas universitarias, así como una mayor “jerarquización” de las revistas en función de unos criterios de calidad y relevancia profesional de los contenidos. En la actualidad se pueden identificar en las revistas artículos de calidad junto a otros que se ve claramente que son trabajos de curso de estudiantes de biblioteconomía, que pueden haberse “colado” por diferentes razones: falta momentánea de originales para publicar, posible “manga ancha” del comité editorial, etc. Por supuesto no quiero con ello ni mucho menos criticar a los editores, que todos sabemos sacan adelante las publicaciones a costa de un enorme esfuerzo personal y sin ningún tipo de gratificación, sino simplemente constatar que la relativa abundancia de posibilidades de publicación (y no me refiero sólo a las revistas sino a la proliferación de jornadas y congresos), podría estar relacionada con un descenso del nivel de exigencia. ■

AUTOR: Ubé González, José Manuel.

FOTOGRAFÍAS: Ubé González, José Manuel.

TÍTULO: “En las bibliotecas hay sitio para muchas cosas, pero nunca para el aburrimiento”. Entrevista a Ramón Abad Hiraldo, Director de la Biblioteca Universitaria de Zaragoza.

RESUMEN: Tras una larga estancia en las bibliotecas del Instituto Cervantes en Nueva York y Londres, Ramón Abad compara el mundo bibliotecario anglosajón y el español, repasa su experiencia como miembro permanente de la IFLA, y esboza la situación en que se encuentra la Biblioteca Universitaria de Zaragoza y los retos que plantea el nuevo Espacio Europeo de Educación Superior para las bibliotecas universitarias españolas.

MATERIAS: Bibliotecas Universitarias / Bibliotecarios / Entrevistas.